

Cuentos cuánticos

Cuentos cuánticos

Desatinos en la Villa
de la Singularidad

CARLOS GASPAR DELGADO MORALES



tombooktu.com

www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

#cuentoscuanticos

Colección: Tombooktu Humor

www.humor.tombooktu.com

www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:

www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:

www.facebook.com/editortombooktu

Título: *Cuentos cuánticos. Destinos en la Villa de la Singularidad*

Autor: ©2012 Carlos Gaspar Delgado Morales

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN Papel: 978-84-15747-14-7

ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-9967-430-8

ISBN Digital: 978-84-9967-406-3

Fecha de publicación: Noviembre 2012

Impreso en España

Imprime: Ulzama Digital

Maquetación: produccioneditorial.com

Depósito legal: M-34.832-2012

A mi padre,
que está leyendo este libro sentado
junto a la entrada de su casa, en Pujerra

Índice

CUÉNTICO 1	
La Peña del Cuervo	11
CUÉNTICO 2	
El almirez de bronce	23
CUÉNTICO 3	
La niña vieja	37
CUÉNTICO 4	
La cebra rabona	53
CUÉNTICO 5	
El Bosón de Farrow y los agujeros blancos	67
CUÉNTICO 6	
El amor en los tiempos de la física cuántica	83
CUÉNTICO 7	
La teoría de «Parece que hay un dios»	95
CUÉNTICO FINAL	
Lágrimas de papel	111

CUÉNTICO 1

La Peña del Cuervo

*A mi mujer, que tanto me ha apoyado para escribir este cuento,
y que además es una santa.*

Pedro vivía en una hermosa y apacible villa erigida en el interior de una boscosa serranía andaluza. El pueblo en cuestión se llamaba Palos de la Cañada, pero fue renombrado como Villa de la Singularidad, aquel año de 2005, en honor a lo que hubo justo antes del Big Bang.

Se le ocurrió al alcalde tras hacer explotar la antigua fábrica de carteras, propiedad del ayuntamiento, con el objeto de mejorar la flota municipal de vehículos desviando el dinero de la indemnización.

Pedro, más conocido como Pedrote, era un chaval de catorce años cuyo rostro resultaba un tanto asimétrico a causa de unos fórceps mal engrasados. Cumplió los años el mismo día en que estalló la fábrica y como nadie se acordó de felicitarlo estuvo a punto de ponerse triste. Se le pasó enseguida porque era muy austero para eso del dolor emocional y al final se quedó tan panchito sentado en la rama de un alcornoque, mordisqueando una enorme naranja guachintona con cáscara incluida. Desde allí pudo divisar, sin que nadie lo importunase, la bulliciosa columna de humo provocada por aquel alcalde aficionado a los documentales de Carl Sagan y a los vehículos de alta gama.

Pedrote era una persona muy primitiva; de hecho, le gustaba caminar descalzo por la polvorienta y pedregosa vereda que conducía al cementerio. Las agrietadas plantas de sus pies, que no precisaban burlar las asperezas del camino, se poblaban con frecuencia de hormigas y/o espinas. Si algún ciclista o transeúnte tomaba su paso, Pedrote lo increpaba. A veces era simplemente un gruñido o un crujir de dientes. El muchacho sólo se lavaba cuando su olor corporal alcanzaba un radio de veintisiete metros, comía con las manos y eructos y flatulencias eran una constante en sus circunstancias. No obstante lo anterior, le fascinaba la física cuántica.

Le gustaba entablar conversaciones con el cura del pueblo, pero como ese deseo no era recíproco, acostumbraba a acercarse al cementerio buscando encuentros que fingía fortuitos. En una ocasión le espetó:

—¿Sabía usted que la distancia que existe entre el núcleo de un átomo y los electrones que lo orbitan equivale en más de cinco mil veces a la distancia que hay entre el sol y la Tierra? Es posible, por tanto, que no exista la materia y que todo esté compuesto por impulsos eléctricos y por una energía que sea común a todas las criaturas y cosas. En ese caso, ¿quién sabe, padre?, a lo mejor no estamos tan lejos de ese Espíritu Santo que usted pregona.

Se pasaba el día leyendo en el pajar y para marcar la página en la que interrumpía su lectura deslizaba su dedo índice por las inmediaciones de su ano. Al cabo de unas horas, cuando retomaba el curso de dicha lectura, pasaba su extraña nariz entre las páginas y enseguida detectaba el último párrafo leído.

A su padre le llamaban la Eugenia. Su verdadero nombre era Eugenio, pero un día, en la feria del pueblo, sus amigos descubrieron que este se había depilado las cejas.

—Pero vamos a ver —decía Eugenio—, si yo esto lo he hecho con la única intención de estar más atractivo, de resultar más apetecible a la hembra de turno. Vamos a ver, pues eso, para ver si me ayuda a enterrar pronto el chorizo en manteca. —Sonreía—. ¿Cómo me vais a llamar mariquita por esto? —Esbozaba una mueca—. Más bien soy un machote...

Se le quedó la Eugenia.

Pedro vivía solo con su padre, pues su mamá murió... Mejor dicho, la mataron; el marido y el hijo la mataron. También estaba Sonia, su hermana menor, pero Sonia vivía con el cura desde hacía un año. El padre Sebastián se acercó a la casa de Pedro y habló con la Eugenia:

—Vamos a ver, muerta la madre este no es sitio para una niña. En mi casa hay otras comodidades, por ejemplo, un DVD. Además, la niña quiere ser monja y yo puedo orientarla adecuadamente por ese camino espiritual hasta que cumpla los catorce años; entonces podríamos enviarla al convento de las hermanas cistercienses.

—Pero no me la va a tocar, ¿no? A la niña, digo; ¿no irá a abusar de ella por las noches?

—Eugenia, que estás hablando con un sacerdote, no con el hijo de Satanás; yo a la niña sólo la miro con ternura y con piedad, sólo la caridad me inspira para hacerme cargo de ella.

—Perdóneme, padre, la culpa la tiene ese director de cine manchego que nos mete ideas *retorcias* y apestosas en la cabeza. Pero pase *pa* dentro, hombre de Dios, nunca mejor dicho. ¿Quiere usted un poco de queso de cabra que acabo de preparar? Vamos, que ahora mismito le he *echa*o la sal... ¿Seguro que no quiere un vasito vino?

Eugenia y Pedro mantenían una buena relación. Alguna vez iban juntos de caza, con los galgos. Otras veces iban a casa del cura para ver CD de *ballet* clásico. Su amigo Jaime los descargaba de internet y se los cambiaba a Pedro por cosas raras, por ejemplo, un tarro lleno de hormigas. Al cura no le gustaban nada aquellas visitas, pero se sentía obligado a ser más o menos hospitalario con la familia de su *ahijada*. Eso sí, en cuanto atravesaban la puerta les señalaba con el dedo el DVD y buscaba cualquier pretexto para ausentarse.

A Pedro le gustaba una de las niñas del pueblo; se llamaba Susana y era muy rubia. Tenía una pequeña cicatriz en el labio que la atormentaba delante del espejo, pero aun así era una chica popular y deseada. Disponía de tres admiradores conocidos y de un admirador secreto que le mandaba flores y poemas. Pedro era uno de sus admiradores conocidos y vulgarmente manifiesto; cuando pasaba por su lado, le gritaba:

—Guapa, me gustaría ser mosca pa posarme en tu sobaco.

El muchacho no tenía mucho éxito con las mujeres, si bien en una ocasión una extraña vieja que había llegado al pueblo vendiendo castañas asadas le dejó que la tocara un poco. Aquellos dos minutos y aquel triste trasero constituían para él todo su bagaje sexual. De todos modos lo recordaba con orgullo; al fin y al cabo era una historia que contar, y además servía para mantener viva su imaginación onanista.

En una noche invernal, oscura y silenciosa, el padre y el hijo cenaban en la casa —comían sopa de ajo—, contagiados por aquel silencio se miraban —los dos tenían ojos de sapo—, pero no se hablaban. Ambos tenían la sensación de que algo horrible estaba a punto de pasar.

—Papá, tengo la sensación de que algo horrible está a punto de pasar —dijo el joven Pedrote.

En un instante el silencio enloqueció, pues comenzó a llover con una intensidad inusual y truenos y relámpagos no tardaron en acudir a la cita de la tormenta. El pánico empezaba a formar parte de la atmósfera cuando alguien golpeó la puerta. Era Sonia; estaba empapada y su rostro estaba desencajado, lleno de horror.

—Pasa, hija mía, siéntate junto al fuego y dinos qué te ocurre. ¿Qué te han hecho?

—Ha sido el padre Sebastián —dijo en medio de un delirio, sollozando y tiritando de frío.

Pedrote le trajo un café. Había utilizado para ello una taza donde poco antes su padre había estado bebiendo vino y aunque tuvo el impulso de limpiarla antes de echar el café, finalmente no lo hizo.

—¿Qué te ha hecho ese maldito cura? —gritó la Eugenia—. Te ha obligado a hacer algo horrible, ¿verdad? Ya lo estoy imaginando con las manos en la bragueta.

—¿Qué obsesión tienes con eso, padre! —La niña se tranquilizó de repente; también dejó de llover—. El padre Sebastián es un hombre honesto y bueno.

—Entonces dime, hija mía, ¿qué es lo que te ha ocurrido?

—Nada, nada, hemos discutido, eso es todo; de todos modos ya estoy mejor, gracias por el café, Pedrote, me marcho ya.

—Pero, ¿cómo que te marchas? Has llegado en plena noche presa del pánico y ahora pretendes irte sin darnos una explicación... Algo habrá pasado, ¿no?

—Ya te he dicho que hemos discutido y ya está; además, no es asunto vuestro. Adiós.

La niña, que llevaba una falda a cuadros horrible, salió tras dar un portazo.

Fue un invierno duro, pero finalmente cedió y las primeras flores se abrieron para anunciar, gozosas, la llegada de la primavera. Llegó una profesora nueva a la escuela. Doña Alfonsa había pedido la baja por depresión y, montada en su bicicleta amarilla, para sustituirla, llegó la señorita Margarita. Doña Margarita, que tenía ojos de búho y mirada de lechuza, se dirigió a los alumnos con una amplia sonrisa:

—Muy bien, a ver, niños, decidme cuál es vuestra asignatura favorita, a ver, a ver... por ejemplo tú —señaló a Pedro—: Pero levántate, hombre, y cuéntanos.

—Bien, todo el mundo aquí sabe que mi especialidad es la física cuántica, pero también me interesan otros temas; la historia, por ejemplo, me apasiona.

—¿Ah, sí? Qué niño tan mono. Y dime, ¿qué parte de la historia te interesa más?

—Las batallas de la Antigüedad. Las guerras entre romanos y cartagineses o de griegos contra persas, esas cosas me apasionan.

—Pero, hijo, ¡qué horror!, ¡cuánta violencia! ¿Cómo pueden atraerte esas historias con tantísimo muerto?

—No sea ignorante, señorita Margarita, en aquellas batallas apenas había bajas. El combate duraba sólo unos minutos, era demasiado pavor. Me gusta imaginarlos en una mañana fría, pero luminosa. Ambos flancos dispuestos frente a frente en el campo de batalla. El sol reverberando en cuchillos, lanzas y espadas. El contacto del acero con la carne humana produce terror en las personas; en unos minutos, en cuanto uno de los bandos tomaba una ligera ventaja, el otro bando se retiraba en huida. En realidad las pocas bajas se producían durante esa huida. En cambio, haga un repaso estadístico de las guerras modernas; en la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, murieron más de cincuenta millones de personas. Así es como yo contemplo la evolución humana: el hombre es, en esencia, un animal cada vez más tecnológico y cada vez más voraz y ambos conceptos acabarán por destruirlo. ¿Qué opina usted sobre esto, señorita? ¿Señorita...?

La señorita estaba tirada en el suelo; parecía haber sufrido un desmayo. Los niños corrían a su alrededor sin saber qué hacer. Uno de ellos, el Piolín, se acercó más y descubrió sangre en su cabeza. «¡Qué espesa es!», pensó al frotarla con los dedos.

Lo cierto es que Martínez Gañán, un chico de doce años al que Margarita había dado clases particulares de Pretecnología un tiempo atrás, se enamoró perdidamente de ella. Al sentirse rechazado, durante un tiempo la siguió —lo típico—, y finalmente no aguantó la presión y le pegó un tiro mientras impartía sus clases. La ventana estaba abierta y su rifle de última generación, un Stormer XM25, estaba equipado con un silenciador extraordinariamente desarrollado; por esta razón nadie lo descubrió jamás. Martínez vive actualmente en Barcelona y es subdirector adjunto de una de las empresas que fundó su padre. A veces, en la noche, se asoma a la ventana y aún puede aspirar la fragancia de Margarita. «Tú también me mataste aquel día, amor mío», murmura en silencio.

Al entierro de Margarita asistió mucha gente de la ciudad; una huelga de las funerarias impidió su traslado y tuvieron que enterrarla en el pueblo con la ayuda de todos.

Entre los asistentes estaba el detective Marcos. Era un hombre básicamente gordo, ignorante y sudoroso. Cuando murió la mamá de Pedro le asignaron el caso, pero sus pesquisas fueron lamentables. Archivó el caso, concluyendo que se trataba de un suicidio.

—Pero si a mi hermana no le faltaba de nada, tenía un marido y dos hijos que la adoraban. —Esto decía la tía Jennifer; su pame-la era ridícula, arrugada y pasada de moda.

—Señora, la melancolía es muy mala. Llega por cualquier motivo y se instala en nuestras cabezas. Nos sentimos vacíos e inútiles y todo cuanto nos rodea de repente pierde interés. Por esta razón insisto, Juana Farrow se lanzó al vacío desde la cima de la Peña del Cuervo. Un vacío llevó al otro, caso cerrado, señora, le recomiendo que no le dé más vueltas a este asunto.

Pedrote y su padre respiraron tranquilos aquel día, pero de nuevo la presencia de Marcos, aunque fuese para otro caso, los inquietaba. El detective, antes de iniciar la ronda de entrevistas, decidió acotar al personal sospechoso.

—Nada de niños, pues son demasiado sensibles para un crimen así. Nada de viejos, pues carecen del pulso necesario para efectuar un disparo tan certero... Y nada de mujeres, pues son demasiado sensibles y carecen del pulso necesario.

A las ocho de la tarde comenzó la ronda de entrevistas; empezó por el carnicero.

—Buenas tardes, Josetxu, creo que le gusta que le llamen así; siéntese, por favor.

José Ramírez, el carnicero, era un apasionado del mundo vasco. Todas sus generaciones precedentes, incluido él, habían nacido en el pueblo, pero por alguna extraña razón él se sentía vasco. Incluso fingía el acento norteño.

—Estaba cortando leña, joder, a la hora del crimen estaba cortando leña en el patio, pues.

Marcos tomaba notas en su libreta.

—Supongo que tiene testigos.

—Mi mujer, joder, mientras yo sudaba, ella cocinaba un *marmitako*.

El último entrevistado, a eso de las ocho y veinticinco, fue Raimundo, de cara aplanada y desigual longitud de piernas.

—Yo nunca he *matao* a nadie, bueno, menos a algunas especies animales, como por ejemplo salamandras. Pero nunca he hecho daño a seres que sean humanos, bueno, menos una torta a mi hijo el Jaime, y quien dice al niño dice a la madre, pero porque se lo han *mereció*, bueno, o porque me han *calentao* en la taberna y ya llega uno a la casa con la mano abierta...

—Pare usted un poco, hombre. A la hora del crimen, insisto, ¿qué estaba usted haciendo?

—Y yo qué sé, estaría regando el huerto.

—¿Testigos?

—¿Testigos...? Estaba la cabra, y una mula torda con mu pocos dientes que le cambié al Ambrosio por seis majuanas de mosto.

Exhausto, el detective cerró su cuaderno de notas.

—Puede usted marcharse.

Había descartado a todos los sospechosos y a las ocho y treinta y cinco emitió su informe final:

«...por lo que todo apunta a que la muchacha, probablemente presa de algún mal de amores, no aguantara la presión y sacara un revólver

del bolso. Lo situó en su nuca con disimulo para que los alumnos no lo advirtieran y falleció al instante. Casi con toda probabilidad alguno de los niños recogió el arma del suelo y la escondió en secreto, pues se trata de un objeto de valor.

...Recomendamos archivar el caso considerándolo un suicidio».

A la mañana siguiente, Pedrote estaba sentado en una piedra al borde de una era mientras su padre aventaba el grano en un cedazo.

—Nunca hablamos de eso, ¿verdad, hijo? Hace ya un año que mata..., bueno, que murió la mama, y no hemos vuelto a hablar del asunto.

—No hay nada que hablar, padre; usted me dijo «cuando te avise la empujas», y cuando me avisó la empujé. Usted es el que manda y siempre sabe lo que hay que hacer.

—Pero tú la querías mucho, ¿no es así?

—Después de a usted, a la que más.

—Bueno, niño, deja ya el tema, ya sabes que no me gusta hablar de ello; acércame la pala y no estés ahí sin hacer nada.

El primer domingo de agosto se celebraban en el pueblo las fiestas de San Alberto Einstein en honor a su patrón. Las niñas se ataviaban con sus mejores galas y comían pipas haciendo un corro en la plaza. Pedrote, que se había puesto una corbata que coincidía con la única que tenía, se acercó a Susana.

—Que si damos un paseo...

—No puedo, me estoy reservando para mi poeta secreto.

—Pero si no sabes quién es. Anda, vente conmigo, que te explico la teoría del caos mientras apedreamos unas ranas en la charca de María Luisa.

—Es esa extraña nariz, Pedrote; lo siento, déjame.

Pedro, entonces, se acercó a su amigo Jaime y le confesó que la Susana cada vez le gustaba más, que se le había metido en la cabeza y que era capaz de hacer una locura.

—La *Labio Partío* no merece la pena, no te pongas así por ella. ¿Acaso no es más bonita la amistad que tú y yo tenemos o el cariño que te tiene la Eugenia? Ya quisiera yo que mi padre me tratara así.

—¿Te ha vuelto a pegar?

—Hoy sólo dos veces, y no me ha dolido ni nada.

—¿Y tú que es lo que has hecho para que te pegue las dos veces?

—La primera vez porque no le he querido ir a un *mandao*, y la segunda es que en este momento no me acuerdo.

—A tu madre también le pega, ¿verdad?

—¿Tú quién eres, un *paparachi*? Venga, no seas tan cotilla y vamos al bar a jugar a las máquinas.

—Vale, hoy soy capaz de beberme un vaso de aguardiente, tengo ganas de emborracharme por una mujer.

Los dos amigos se alejaron camino de la calle de Heisseberg con los brazos por encima de los hombros. Entonaron unas canciones populares para fingir que se divertían y que no necesitaban a las niñas para pasarlo bien.

Agosto era un mes especial, el pueblo cambiaba de color con tardes de tonos luminosos y la alegría, instalada en la sonrisa de niños y viejos, pisaba con fuerza las calles. Tampoco faltaba una vaca que meneara el rabo alegremente. Pero Pedrote estaba triste, y también sufría la Eugenia en silencio.

Susana tenía dieciséis años y siempre decía que le gustaría casarse con un hombre mayor que ella porque los jóvenes como Pedrote sólo pensaban en guarradas y no se les acababa de asentar la cabeza. Cualquier pretexto era bueno para comentarlo:

—No, yo no, yo lo que busco es una estabilidad, tener mis cuatro hijos como está *mandao* y vivir *pa* ellos y *pa* mi *marío*. Y si es un hombre *mayó* que yo, *pos mejó*, más me va a *cuidá*; ahora, eso sí, que no esté ni *casao* ni *separao*, no quiero que haya otra *mujé* en su vida, ni aunque sea el odio lo único que los vincule. —Utilizaba mucho este verbo desde que Pedrote le dijo en una ocasión que anhelaba una vinculación con ella, ya fuese a nivel sentimental o a nivel genital.

Unos meses antes, en casa del padre Sebastián, tuvo lugar un siniestro desencuentro.

—Sonia, hija, vamos a seguir con nuestras clases espirituales.

—Pero, padre, es que últimamente están tomando un cariz que bueno, no sé, no me gusta mucho. Estas clases se me están antojando un pelín macabras. Empezó usted a hablarme de cuando se fue de misionero a Haití y de cómo al principio se acercaba a los niños y rezaban juntos y muy bien, pero ya esto de cortarle el pescuezo a una gallina y beberse la sangre me parece un poco fuerte.

—¡Desagradecida!, que hace ya más de un año que te tengo aquí, comiendo bien, que te estás poniendo como una gorrina preñá, y ahora no quieres colaborar en mis experimentos sagrados. Y sujeta esa gallina, coño, que me estás poniendo nervioso y tengo una navaja en la mano.

La niña entonces se asustó muchísimo y corrió en medio de la noche lluviosa en dirección a casa de su padre.

El cura saltó de la silla y la maldijo mientras perseguía a la gallina.

—Ya volverás, desgraciada, ya volverás, y entonces comprenderás lo que significa la grandeza de mi nueva religión.

Al caer la noche la niña volvió; llevaba una falda a cuadros horrible, y ambos se fundieron en un abrazo, arrepentidos.

—Perdona, hija mía, jamás te haría daño.

—Perdóneme usted, padre Sebastián, lleva razón, soy una desagradecida. Venga, busquemos esa gallina.

—No te preocupes, hija mía, lo dejaremos para otro día, hoy estás muy cansada, si acaso sigue cosiendo estos muñequitos de trapo.

El último día de las fiestas, Susana estaba perpleja mientras leía una carta en el umbral de su casa. Se trataba de su amante secreto, que no aguantó más la presión y se dio a conocer. Ella, presa de una infinita decepción, rompió a llorar y cuando se calmó tomó papel y lápiz y le contestó negándole todo tipo de amor y esperanza.

Mientras escribía la nota, dos lágrimas cayeron en el papel, una donde estaba escrito «...demasiado viejo para mí» y otra casi al final, donde podía leerse «...no se puede ser más feo».

A la noche siguiente, Eugenia, con la cabeza apoyada en el viejo buzón de su casa, sintió un temblor de frío por todo el cuerpo. Mientras leía la nota dos lágrimas cayeron en el papel, una donde estaba escrito «...demasiado viejo para mí» y otra

casi al final, donde podía leerse «...tienes un olor corporal en verdad insoportable».

El uno de septiembre tenía lugar la romería del pueblo y todos los paisanos ofrendaban flores a su patrona, Nuestra Señora del Átomo. Las campanas sonaban rumbosas, se lanzaban cientos de cohetes y la banda del pueblo recorría las calles con tambores y trompetas. Susana estaba distraída intentando abrir una bolsa de anacardos en el momento en que todo ocurrió.

Por un extremo de la calle donde la joven se esforzaba, usando ya las dos muelas, por abrir aquella bolsa, apareció Pedrote con una botella de aguardiente en una mano y con un rastrillo desdentado en la otra:

—Te mataré, zorra; si no eres mía no serás de nadie.

Por el otro extremo de aquella misma calle surgió la Eugenia con un Stormer XM25 que había encontrado en el interior de un viejo roble unos meses antes.

—Te mataré, zorra, ¿no decías que te gustaban mayores? Por ti maté a mi Juana, y en nombre de ella ahora te mataré a ti.

Entonces el padre vio a su hijo y el hijo vio a su padre. Pedro le gritó con rabia:

—Por eso mataste a la mama, viejo iluso; tú sí que eres un cabrón y no el padre del Jaime. Ahora te voy a hundir el rastrillo en las costillas. —Corrió hacia él con ira ciega en sus ojos de batracio.

La Eugenia tenía el rifle en el hombro y dudaba entre disparar a la Susana o matar a su hijo en defensa propia. Entonces escucharon aquel alarido:

—¡Matadme a mí, matadme a mí!

Ambos se giraron para adivinar quién era aquella extraña figura que se balanceaba. Era Sonia; había vuelto a discutir con el padre Sebastián y este la había convertido en un zombi. Sus ropas estaban raídas y había sangre en sus labios.

—Matadme a mí, que yo ya no soy yo, ni mi cara es ya mi cara. Soy una muerta en vida, matadme antes de que el deseo de comerle el hígado a un ser humano supere las fuerzas de mi voluntad.

La presencia de la niña detuvo súbitamente el corazón y la energía cinética de sus parientes. Durante unos segundos el padre y el hijo se miraron en silencio. Aún tenían los brazos en alto y permanecían detenidos, como si el tiempo de pronto se hubiese parado.

Tras ese breve instante reaccionaron. Ambos dejaron caer al suelo sus armas, ambos se encaminaron hasta donde Sonia yacía ya en el suelo y ambos pronunciaron la misma palabra al pasar al lado de Susana:

—¡Putá!

Entre los dos recogieron a Sonia y la llevaron a casa, junto al fuego. Mientras la miraban y acariciaban se daban cuenta de que el veneno del pez globo y los embrujos del padre Sebastián, desde entonces el *Hechicero*, habían devastado definitivamente el alma de la niña. La llevaron a la cima de la Peña del Cuervo, y entonces el padre le dijo a su hijo:

—Empuja, ahora.

Mientras la endemoniada caía al vacío, rezaron por su alma y rezaron también por el alma de Juana. Semanas más tarde, cuando el detective Marcos estaba a punto de cerrar el caso como un suicidio, la Eugenia se presentó en el cuartelillo y confesó sus crímenes.

Hizo recaer toda la culpa sobre él, si bien sólo lo acusaron del asesinato de su esposa Juana, pues los guardias Jesús Javier y Menéndez se hicieron cargo y comprendieron perfectamente lo de Sonia:

—No iba usted a dejarla vagar por ahí hecha un zombi.

Minutos antes de entregarse le había dicho a su hijo, mientras lo abrazaba:

—Pedro, eres lo único que me queda, tienes que seguir con tus estudios, estoy seguro de que llegarás muy lejos... Y otra cosa, hijo...

—Dime, padre, dime.

—Lávate, por Dios, lávate de vez en cuando.

Actualmente la Eugenia cumple condena en la cárcel de Alhaurín. Desde allí le escribe cartas a su hijo, que trabaja como profesor de Física en una prestigiosa universidad noruega:

«Hola, hijo mío. Hoy he visto otra vez a esa famosa folclórica, qué altanera parece... pero qué guapetona es la tía».